

**EL TEMA DE LAS MUJERES EN LA LITERATURA: TEJIENDO REDES ENTRE LA VIDA
PERSONAL Y LA AVENTURA INTELECTUAL**

**THE THEME OF WOMEN IN LITERATURE: WEAVING NETWORKS BETWEEN PERSONAL
LIFE AND INTELLECTUAL ADVENTURE**

ANIBAL BIGLIERI

UNIVERSITY OF KENTUCKY, EE. UU.

biglieri@uky.edu

Recibido: 12/08/2020 Aceptado: 04/09/2020

Resumen: Siendo especialista en Literatura medieval española, las presentes notas dibujan el viaje personal e intelectual que me llevaron a investigar el universo femenino de distintas épocas, lenguas, culturas. Estas reflexiones iluminan el lado silenciado e ignorado de la investigación que ha puesto a las mujeres literarias y míticas en el centro de nuestra empresa científica.

Palabras clave: Mujeres literarias- Mujeres míticas- Memorias personales- Reflexiones académicas.

Abstract: Being a specialist in Spanish medieval literature, these notes draw my personal and intellectual journey that led me to investigate the female universe of different eras, languages, cultures. These thoughts illuminate the silenced and ignored side of the research that put literary and mythical women at the center of our scientific task.

Keywords: Literary women - Mythical women- Personal memories- Academic reflections.

NARRAR UNA AVENTURA PERSONAL E INTELECTUAL

Al reflexionar sobre mi interés por el tema de las mujeres en la literatura, la primera pregunta que me vuelvo a hacer es ¿cómo surgió *Medea en la literatura española medieval* y cómo se fue gestando a lo largo de todos aquellos años que precedieron su publicación? ¹ Narrar esta aventura intelectual es escribir la *biografía* de este libro, en

¹ *Medea en la literatura española medieval*, La Plata, Fundación Decus, 2005.

la cual se entremete, más o menos subrepticamente, la biografía de su autor. De allí que me sea forzoso recordar ciertas circunstancias de tipo autobiográfico, al menos aquéllas que permitan explicar mejor los orígenes de este libro y las etapas de su composición.

No creo que nadie consagraría varios años de su vida a escribir un libro como éste (cualesquiera que fueren sus méritos), si no tuviera un amor por las literaturas clásicas. En estos mundos universitarios, todo docente debe tener una especialización definida, un campo de intereses más o menos acotado, la literatura española medieval en mi caso, a cuyo estudio le he dedicado la mayor parte de mi labor académica. Pero mi afición por las literaturas clásicas siempre estuvo en mí, más o menos latente o manifiesto, según fueran las circunstancias personales y profesionales que me tocara vivir. Y cuando me pregunto por el origen de ese interés, debo remontarme a los años del bachillerato (1958-62) en el Colegio Nacional de La Plata (Argentina) y más precisamente, al cuarto y quinto años de la escuela secundaria, con varias materias dedicadas a las literaturas clásicas, española y argentina, que, junto con las cátedras de historia antigua, moderna, contemporánea y argentina, de Geografía y de Filosofía, despertaron mi interés por las humanidades, determinando así, desde bien temprano, mi vocación intelectual y marcando el rumbo que tomaría mi vida académica.

Ese interés por las literaturas griega y latina no decayó en mis años de estudiante de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (1963-70), durante los cuales me fui orientando en otras direcciones como la literatura española y la filología hispánica, que me llevó indefectiblemente al período medieval. Recuerdo también que en esa misma época- hacia mediados de la década del sesenta-, vino a la Argentina la *Compañía de Teatro Griego del Pireo*, que representó *Electra* de Sófocles y *Medea* de Eurípides en una sala de Buenos Aires. Sólo pude asistir a la representación de esta última, pero fue suficiente para dejar en mí una impresión y memoria inolvidables.

La vida me llevó por otros rumbos geográficos e intelectuales, primero a España (Madrid, 1972-75), para asistir a cursos de Lingüística y Filología, y después a Estados Unidos, donde me radiqué en 1975 para iniciar mis estudios de doctorado en la Universidad de Syracuse (Estado de Nueva York), y si bien nunca olvidé del todo este gusto y amor por los clásicos, fue después de transcurridos varios años más, una vez encaminado en la docencia en la Universidad de Kentucky a partir de 1987 que pude encarar y proponerme a mí mismo un estudio más continuado y sistemático de las relaciones entre la Antigüedad grecorromana y la Edad Media española.

El libro sobre Medea fue el primer fruto maduro de estos estudios, seguido de la publicación siete años después, de otro libro dedicado a los conocimientos geográficos en el medioevo español (siglos XIII al XV) y sus fuentes griegas y latinas de los períodos clásico y tardo-antiguo, continuación de un programa de investigación que he tratado de llevar a cabo hasta donde me ha sido posible y pese a todas las interrupciones imaginables cuando se trabaja en el medio académico y con todos los azares propios del ejercicio de la docencia y las impostergables obligaciones que ésta nos va exigiendo, muchas veces contra nuestros deseos y desviándonos del camino trazado de antemano.²

Hacia fines de la década del ochenta, cuando comencé a dictar cursos de literatura española medieval en la Universidad de Kentucky, la figura de Alfonso X y su ingente obra histórica, científica, poética y legal acabó sobre todo en su vertiente historiográfica por imponerse sobre mí. Y así como debo retroceder a mi época de estudiante del Colegio Nacional para situar el arranque de mi interés por la literatura, así también en esos mismos años del secundario, encuentro las raíces de mi inclinación que tampoco me ha abandonado por la Historia y la Geografía. ¡Lo que pueden un buen bachillerato y unos profesores excelentes! A tantas décadas, evoco ahora su memoria con enorme afecto y con un profundo reconocimiento y gratitud por lo mucho que me enseñaron y por haber despertado en mí esa vocación por las humanidades que ha sido el norte de mis estudios y, más simplemente, de mi vida.

De la historia española, la *Estoria de Espanna* de Alfonso X es uno de los hitos fundamentales de la historiografía medieval peninsular; de la perduración de las ideas geográficas de la Antigüedad en los siglos medios, pocos testimonios pueden ser más elocuentes que la *General Estoria* del mismo rey Sabio. Y así, atraído por sus ideas geográficas y por la *imago mundi* propuesta en sus obras, comencé a internarme en el vastísimo universo de la *General Estoria*, aunando mi interés por la Antigüedad clásica, la Edad Media española y la Geografía.

Menciono este segundo libro sobre geografía porque su redacción y la de *Medea en la literatura española medieval* están íntimamente relacionadas, a tal punto que primero formaron parte de un solo proyecto de investigación, bifurcado más tarde en dos por las razones que paso a explicar. En todos esos años, mis esporádicos reencuentros con Medea se fueron produciendo de a poco, con intermitencias y como resultado de un

2 *Las ideas geográficas y la imagen del mundo en la literatura española medieval*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2012.

proceso en el que comenzó por ocupar, en el mejor de los casos, una situación bastante marginal. Medea, la princesa bárbara, oriunda de un reino periférico para la conciencia de los griegos, pasó, sin embargo, al centro de mis preocupaciones y desplazó de mi atención a todos los otros temas, resultado sin duda de su fuerte personalidad y de la extraña fascinación que ejerce sobre todos los que se acercan a ella, desde Jasón hasta hoy. En este libro sobre la geografía medieval, uno de los capítulos debió estar dedicado a los pueblos de los confines de la *oikoumene*, entre ellos las amazonas, habitantes del litoral oriental del Mar Negro- el *Pontus Euxinus* de la geografía antigua-, que era también la región del reino de Cólquida. De allí procede Medea y allí se encontraba el vellocino de oro en cuya búsqueda partieron Jasón y los argonautas. Y, lenta pero inexorablemente, Medea fue reemplazando a las amazonas en mi atención y en mis lecturas de la *General Estoria* alfonsí, llevándome a estudiar las fuentes clásicas utilizadas por sus redactores, las *Metamorfosis* y las *Heroidas* de Ovidio, ciertamente pero también, y aunque la Edad Media peninsular no la conociera directamente, la *Medea* de Eurípides, aquella que, en la cada vez más lejana década de 1960, había visto representada en un teatro de Buenos Aires. Además, debo agregar que las amazonas quedaron relegadas, pero no olvidadas. Si algún día escribo un libro sobre etnografía medieval, que sirva de complemento a los dos anteriores, volveré sin ninguna duda a las amazonas; ³ de ellas trato en un trabajo de hace ya bastante tiempo, en relación con los hunos y los godos, pueblos todos que, al igual que Medea, también procedían de los extremos del mundo. ⁴

Al mismo tiempo, mis estudios sobre narrativa me atrajeron al tema de los mundos posibles y a preguntarme por qué otros caminos menos conflictivos y menos trágicos pudo haber transitado Medea en caso de haber tomado otras decisiones en su

-
- 3 En artículos ya publicados, se analizan diversos aspectos de lo que podría llamarse una *etnografía medieval* y en los cuales, con mayor o menor detalle según los casos, se trata también de las mujeres: 1) "África y los confines del mundo según la *General Estoria*", *Cuadernos del Sur*, 26, 1994-95, 37-47; 2) "Centauros hispanomedievales", *Romance Philology*, 65, 2011, 9-42; 3) "Catón frente a Julio César: historia y geografía en Lucano y Alfonso X", *Itinera: Homenaje al Dr. Alberto J. Vaccaro*; Lía Galán y María Delia Buise (eds.), La Plata, Centro de Estudios Latinos-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2011, 11-25; 4) "Sobre etnografía medieval: el Oriente de Marco Polo y Juan de Mandevilla", *Revista de Literaturas Moderna*, 42, 2012, 9-26; 5) "El discurso geográfico de Marco Polo", *"This Spanish Thing": Essays in Honor of Edward F. Stanton*, Michael J. Mcgrath (ed.), Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2016, 59-69; 6) "Notas de etnografía africana, según Alfonso X", *¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!*; *Essays in Honor of Eric W. Naylor*, Grant Gearhart and Joseph T. Snow (eds.), Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2019, 19-43.
- 4 "Godos, hunos y amazonas y los extremos del mundo en la obra de Alfonso X"; *Caballeros, monjas y maestros en la Edad Media*, Lillian Von Der Walde, Concepción Company, Aurelio Gonzalez (eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, 455-65.

vida. De esta convergencia de intereses, surgió un artículo que luego se convirtió, con revisiones y ampliaciones, en un capítulo del libro.⁵ Este artículo se publicó en 1998, lo que quiere decir que había venido trabajando en este libro, por lo menos, desde ese año, y con más seguridad, desde 1997, si no antes. Y como cuando nos concentramos en un tema, no podemos dejar de ir viendo otros que también merecerían un tratamiento especial, al estudiar esa vida posible que Medea pudo haber tenido, pero no tuvo, mi atención se fue fijando cada vez más, inevitablemente, en la que realmente tuvo: la princesa que ayuda a Jasón a recobrar el vellocino de oro; la que, convertida en su esposa, regresa con él a Tesalia y la que, en fin, abandonada por Jasón en favor de la hija del rey de Corinto, recurre al infanticidio como medio de venganza contra su marido. Al escribir ahora estas páginas y reflexionar una vez más sobre el proceso que me llevó a componer *Medea en la literatura española medieval*, vuelve a llamarme la atención cómo es que comencé a escribirlo desde sus márgenes, por así decirlo: primero, porque Medea provenía de una sociedad que habitaba en los confines orientales del mundo; segundo, porque empecé por analizar lo que *no* le sucedió en su vida, frente a lo que efectivamente le sucedió y que es, desde Eurípides, lo que la ha convertido en una de las heroínas más trágicas de Occidente. De esta vida que efectivamente la tuvo como protagonista, y en particular en su doble papel de transgresora y destructora del orden familiar, social y natural, dan cuenta tres artículos, uno de ellos publicado en esta misma revista, sobre el monólogo de Medea.⁶ Este artículo fue precedido por otros dos trabajos, dedicados a esas dos facetas claves de la personalidad de Medea, que también fueron adelantos parciales de los que serían sendos capítulos del libro.⁷ Estos artículos, a manera de irresistibles acicates, me permitieron avanzar decididamente en el estudio de Medea, que ahora sí, con su vigorosa personalidad, me convenció de la necesidad de escribir este libro dedicado completamente a ella y no el de geografía originalmente previsto y en el cual habría ocupado un espacio muchísimo más reducido, muy probablemente menos de un capítulo. Medea, en fin, se me impuso casi diría con la fuerza de la fatalidad y no me dejó tranquilo hasta que el libro salió de la imprenta. Y de paso, me obligó a interrumpir por varios años la redacción del otro sobre las ideas geográficas en la Edad Media peninsular, que sólo pude reanudar una vez finalizado el de Medea. Ciertamente, es una mujer irresistible...

5 “Medea y sus mundos posibles”, *Revista de Poética Medieval*, 2, 1998, 49-77.

6 “El monólogo de Medea en la *General Estoria* de Alfonso X”, *Revista Melibea*, 1-2, 2005, 13-18.

7 “Medea, la destructora”, *Troianalexandrina*, 1, 2001, 55-84, “Medea, la transgresora”, *Noein*, 7, 2002, 71-90.

Con todos estos temas, se tendría ya una monografía y, en efecto, en un primer plan del libro, esos artículos revisados y convertidos en capítulos, parecerían haber bastado para darlo por terminado. Así pensé en un primer momento, pero pronto me di cuenta de que faltaban, por lo menos, dos capítulos más: el primero de carácter introductorio, y el segundo dedicado al monólogo de Medea con que se inicia el relato de Alfonso X, heredado de la versión ovidiana del mito. Cinco capítulos en total, suficientes, ahora sí, para intentar su publicación en forma de libro más o menos completo, en la medida en que pueda estarlo un estudio consagrado a todos estos problemas.

Pero faltaban todavía algunos temas de imprescindible tratamiento y, en primer lugar, el de Jasón y los argonautas. La figura de Medea es tan avasalladora que es fácil olvidarse de su esposo, también responsable, en medida sobre la que tanto se ha escrito, de las decisiones que aquélla va tomando, desde que decide ayudarlo a recobrar el vellocino de oro hasta que, abandonada en Corinto, se venga de Jasón con ese infanticidio que, desde Eurípides, es el rasgo más definitorio de su personalidad. Y al ponerle punto final a ese capítulo, otra vez creí, erróneamente, que la labor podría darse por concluida. No pudo ser, sin embargo, hasta agregarle dos capítulos más, dedicados a los mitos clásicos y su recepción en la Edad Media y en la obra de Alfonso X, prelude de los artículos que después escribí sobre literatura argentina. Y para ir concluyendo esta ya larga “biografía” del libro, quisiera hacer una observación más sobre las sorpresas que nos esperan en el proceso de escribir una obra como ésta. A medida que la iba redactando, se iba presentando la necesidad de ocuparme del problema más general de los mitos antiguos en relación con el mundo medieval, pero, ante la magnitud del problema y perfectamente consciente de mis limitaciones, pensaba hacerlo en un breve capítulo final, un poco como para salir del paso, y que, a manera de cierre, planteara el tema y lo dejara abierto para futuras investigaciones. En realidad, el bosquejo inicial se convirtió en los dos capítulos finales, con lo que, otra vez, un tema que comenzó en los márgenes, de texto en texto y de problema en problema, terminó por ocupar una posición central, porque: ¿qué puede haber de más central en un libro sobre Medea en la literatura española que el problema de la perduración de los mitos de la Antigüedad clásica en la Cristiandad medieval?

Cuando uno repasa, aunque muy someramente, el *corpus* de tragedias griegas llegadas hasta el presente, no puede menos que notar el papel protagónico que en ellas tienen las mujeres, sea colectivamente con las coéforas, suplicantes, traquinias, troyanas y bacantes, sea en forma individual y no sólo con Medea, sino también con Antígona,

Electra, Andrómaca, Hécuba, Clitemnestra, Fedra, Alceste, Ifigenia, Helena... Sin embargo, en aquellos lejanos años de la Facultad de Humanidades de La Plata (Argentina), sólo se las mencionaba en las cátedras de griego en tiempos en que se cursaban cuatro latines y cuatro griegos, en materias anuales (los cuatrimestres no se habían impuesto aún en la Facultad). En las otras literaturas, se hablaba de los personajes femeninos, pero las mujeres escritoras brillaban por su llamativa e increíble ausencia. En Literatura española medieval, no se mencionaban, por ejemplo, a Leonor López de Córdoba, Teresa de Cartagena o Florencia Pinar: francamente, nunca supe hasta qué punto en aquellos años se supiera de incluso de su existencia. Lo mismo con la Literatura del Siglo de Oro, con la excepción de Santa Teresa de Jesús, pero sin que se dijera una palabra, por ejemplo, sobre María de Zayas y Sotomayor. Y si de Literatura española moderna se trataba, los programas de estudios incluían solamente a hombres, con escasísimas excepciones, si es que las había, entre ellas, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán. La literatura hispanoamericana no tenía mejor suerte: era inevitable mencionar a Sor Juana Inés de la Cruz, con las referencias *muy de pasada* a Gabriela Mistral o Juana de Ibarborou, o a Alfonsina Storni, si se trataba de literatura argentina. Y no muchas más...

En las décadas siguientes, el canon se fue expandiendo. Primero, proliferaron los estudios del tipo *la imagen de la mujer en...*, con trabajos sobre Doña Jimena y las hijas del Cid, las serranas del *Libro de buen amor* o los personajes femeninos de *La Celestina*, obra ésta que le ha dado a las letras en español el perfil de dos mujeres inolvidables, las que dan nombre a la tragicomedia y a esta, la *Revista Melibea*. En una segunda fase, se amplió el canon, incluyendo a escritoras que habían quedado relegadas o ignoradas por completo, o fueron *descubiertas* y editadas por una nueva generación de investigadores e investigadoras de España, Hispanoamérica y Estados Unidos. En una tercera etapa de estos desarrollos, se pasó a una “*lectura feminista*” de las literaturas hispánicas, es decir, releendo los textos ya canonizados desde antiguo y a los incorporados más tarde, todos reexaminados y reinterpretados desde otras perspectivas y con otros presupuestos de teoría y de método.

Personalmente, hice dos aportes sobre estos temas. Ya se sabe que la Literatura española medieval fue obra de letrados y que sólo a través de lo que ellos escribieron es posible atisbar las vidas de los estamentos de la sociedad medieval. De los labradores no es demasiado lo que se puede vislumbrar desde la literatura llamada *culta* y mucho menos de las *labradoras*. Una primera aproximación al tema lo constituye nuestra colaboración sobre las representaciones de las campesinas en la lírica popular hispánica,

según reza el subtítulo de un artículo publicado en la *Revista Melibea*.⁸ Este trabajo corresponde a aquella primera etapa, la de *la imagen de... en....* De la segunda fase, se incluye nuestro trabajo sobre Florencia Pinar, al que le sirve de preámbulo otro artículo publicado el mismo año sobre la tradicionalidad e individualidad en la poesía española.⁹ De cómo habría sido aquel mundo rural de las campesinas medievales se puede tener una idea a través de la poesía tradicional, con todos los filtros que median entre aquellas mujeres y la transmisión de esos textos por parte de autores cultos. De la presencia de las mujeres en la poesía del siglo XV sirve de muestra Florencia Pinar, por muy exiguo que haya sido el número de poemas de su autoría.

Si hay algo que enseña la tragedia griega es que a través de lo que hoy llamamos *literatura*, podemos asomarnos a esas profundidades en las que se nos vuelve tan problemática y hasta misteriosa eso que también llamamos *naturaleza humana*. Y si hay algo de perdurable en los mitos griegos, allí están para probarlo la enorme descendencia de Medeas y Antígonas, entre otras heroínas de la escena griega, cuyas tragedias han sido y son incesantemente adaptadas y rescritas en un *corpus* ya ingente de reelaboraciones y no sólo en Europa y en América. Lo mismo en nuestra literatura argentina.

Volviendo a mi vida personal y académica, debo otra vez remontarme a los años del Colegio Nacional y de la Facultad de Humanidades para encontrar entonces las raíces de mi interés por la literatura argentina, materia de quinto año en el bachillerato y de dos cursos en la carrera del Profesorado en Letras (La Plata, Argentina). Y no por simple erudición o curiosidad intelectual, sino más bien por mi condición misma de argentino, convencido (otra de las enseñanzas que recibí en aquellos años de estudiante) de que no hay sociedad que pueda entenderse en su historia al margen de su literatura. Pero, viniendo desde ésta y de mi interés por los trágicos griegos, era inevitable preguntarse en qué medida aquella literatura producida hace milenios y en otros mundos, geográfica y culturalmente hablando, podía iluminar nuestro pasado y nuestro presente.

Una vez más, debo volver a la irresistible Medea. Y sigo llamándola así porque, en realidad, debo confesarlo honestamente, mi interés inicial era menos por ella que por Antígona. En efecto, me sentía más próximo al personaje de Sófocles que al de Eurípi-

8 “‘Qué bonita labradora / matadora’: representaciones de las campesinas en la lírica popular hispánica medieval”, *Revista Melibea*, 7, 2013, 21-68.

9 “Florencia Pinar: entre las convenciones poéticas y la voz personal”, *Essays in Homage to John Esten Keller*. Ed. Roger Tinnell, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 2012, 49-66, “De la lírica medieval a la moderna: tradicionalidad e individualidad en la poesía española”, *Letras. Studia Hispanica Medievalia*, IX, 65-66, 2012, I, 33-63.

des, quien, al fin y al cabo, y con todas las justificaciones y argumentos que se quieran esgrimir en su defensa, acabó matando a sus propios hijos. Esa otra mujer que, por piedad religiosa y contra el poder del Estado, quería darle sepultura a su hermano Polinices, por más traidor que hubiera sido a su patria, me atraía bastante más que esa madre y esposa que se inclina por la venganza y el filicidio. Desconocidos ambos autores en sus originales griegos, sólo era posible conocerlos en la Edad Media peninsular a través de la intermediación de los autores latinos. Y por eso no hay una Antígona en la Literatura española medieval y la razón es que de ella no se ocupó Ovidio como de Medea ni en las *Metamorfosis*, ni en las *Heroidas*. Pero la descendencia de Antígona es enorme y nuestra literatura no pudo mantenerse al margen, como no lo hizo tampoco con respecto a Medea y a otras mujeres del teatro griego.

Nuestra primera contribución fue un artículo sobre *Antígona Vélez* (1951) de Leopoldo Marechal.¹⁰ Nos intrigó ese reinstalar el mito sofocleo en la pampa argentina y en el siglo XIX. A este interés, le siguió el de ver en qué medida los mitos griegos y sus heroínas ayuda(rí)an a entender nuestro pasado o, dicho más prudentemente, a contemplarlo desde otras perspectivas. Estos mitos son extremadamente maleables por lo que, a partir del drama marechaliano, seguimos preguntándonos si desde aquellas obras de hace milenios se puede releer una vez más uno de los grandes relatos de nuestra historiografía, el de la oposición entre civilización y barbarie a sabiendas, por supuesto, de las controversias a que ambos conceptos han dado lugar desde el *Facundo* sarmientino (1845). Porque el caso es que, en nuestra historiografía y literatura, se replanteaba una vez más aquella dicotomía con que los griegos contemplaban y concebían el mundo, escindido entre *nosotros* y *ellos*, entre la civilización y la barbarie, entre Jasón y Medea. Y en el caso particular de Antígona, se trataba nada menos que del permanente problema del individuo en sus relaciones con o contra el Estado, siempre tan conflictivas cuando se trata de la historia argentina. Una vez más, no sólo era cuestión de mitos, sino también de mujeres en el centro de la escena teatral y de las historias que las tenían por protagonistas. Como en el mundo griego, en el nuestro también, se planteó el problema de la frontera, no sólo entendida en términos geográficos sino también culturales: la frontera de la nación y la sociedad argentinas con las tierras y las sociedades de los indios en lo que hoy es el territorio de la provincia de Buenos Aires y la Patagonia. Este es el tema de nuestro artículo sobre las fronteras en el drama *La frontera* (1960) de David

10 “La Argentina de Antígona Vélez”. En recuerdo de Beatriz Rabaza. Comedias, tragedias y leyendas grecorromanas en el teatro del siglo XX, Aurora Lopez y Andrés Pociña (eds.), Granada, Universidad de Granada, 2009, 111-22.

Cureses, cuya acción se desarrolla durante la Conquista del Desierto y en la cual el papel de Medea es transferido a Bárbara, una india casada con el capitán Jasón Ahumada y que, como su antecesora griega, también concluirá con el filicidio.¹¹ En otro artículo, vuelvo al mito sofocleo, a propósito del drama *El Límite* de Alberto de Zavalía (1958), que tiene lugar en la ciudad de Tucumán (Argentina), en octubre de 1841, es decir, durante la época de Juan Manuel de Rosas.¹² En fin, en otro artículo retomo todos estos temas, reuniendo en un solo estudio, la recepción de Antígona y Medea en la literatura argentina, otra vez en el contexto de la dicotomía entre civilización y barbarie. Desde otros puntos de vista, vuelvo a *Antígona Vélez* y *El límite*, a las que se suma *La cabeza en la jaula* (1963) de Cureses, drama que tiene lugar en Colombia durante las luchas por la independencia de España; de Medea, propongo también otra lectura de *La frontera*¹³ del mismo Cureses.

En fin, huelga decir que todos estos trabajos se fueron forjando y refinando con el correr de los años en mis clases en la Universidad de Kentucky, en cursos y conferencias en universidades argentinas y en ponencias presentadas en varios congresos. Pero al cabo de todas estas décadas de lecturas, publicaciones y reflexiones, puedo decir que todos estos temas, lejos de haberse resuelto, se me presentan con creciente complejidad. El tema de la mujer (habría que decir con más propiedad las mujeres) obliga a replantearse *in toto* el tema del hombre (o de los hombres) y la inclusión en el canon literario de las escritoras fuerza también a revisar el canon masculino y a preguntarse por su constitución y las causas de su predominio en las historias de las literaturas, los programas de cursos universitarios, etc. Estudiar a Jimena y sus hijas, o a Melibea y su madre o a Celestina y sus criadas, para citar sólo dos casos, fuerza a reexaminar las figuras masculinas del *Poema del mío Cid*, empezando por el mismo Campeador y el rey Alfonso VI, y las de *La Celestina*, a comenzar por Calisto y Pleberio. Y así se podría continuar con la conclusión de que si el examen de una figura femenina- Medea, Antígona- nos lleva a reevaluar las masculinas- Jasón, Creonte-, el análisis de todas ellas juntas, hom-

11 “The frontiers of David Cureses’ *La frontera*”. *The Oxford Handbook of Greek Drama in the Americas*, Kathryn BOSHER, Fiona MacIntosh, Justine McConnell, Patrice Rankine (eds.), Oxford, Oxford University Press, 2015, 417-433.

12 “El límite de Alberto de Zavalía: Antígona y la antinomia civilización y barbarie”, *O Livro do Tempo: Escritas e reescritas. Teatro Greco-Latino e sua recepção II*, Maria de Fátima Sousa E Silva, Maria do Céu Gracio Zambujo Fialho & José Luís Lopes Brandao (eds.), Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 2016, 251-59.

13 “Antigone, Medea, and Civilization and Barbarism in Spanish American History”. *A Handbook to the Reception of Greek Drama*, Betine Van Zyl Smit (ed.), Malden, Massachusetts, John Wiley & Sons, 2016, 349-63.

bres y mujeres, conduce a preguntarnos por las sociedades a las que pertenecieron sean las de la Grecia clásica o la de la España medieval. Y *mutatis mutandis*, la reelaboración en la Argentina de estos mitos griegos con mujeres en su papel protagónico obliga, a su vez, a preguntarse por la constitución misma de nuestra sociedad y el lugar que en ella ocuparon y ocupan las mujeres... y los hombres.

Obviamente, todo esto, mucho más que materia de erudición académica, es interrogarse sobre esa condición humana que los trágicos griegos exploraron a fondo y en mitos de una sorprendente actualidad: Medea ayuda a su esposo, éste la abandona por otra mujer y aquella se venga con la muerte de sus hijos; Antígona se rebela contra el poder del Estado y lo hace en base a sus convicciones religiosas: he aquí dos episodios que se han reactualizado innumerables veces en tantas otras sociedades y que se continúan en la enorme descendencia de ambas mujeres en las obras de innumerables dramaturgos, novelistas, poetas y artistas. En nuestro país, se “*argentinizan*” ambos dramas, se los traslada a nuestra geografía y se los reescribe para reinterpretar hechos de nuestra historia y no sólo en las obras mencionadas en este artículo, sino también en otras Medeas y Antígonas que subieron a la escena del teatro nacional. Lo mismo, por supuesto, comprendieron perfectamente Ovidio y sus sucesores medievales: si el poeta latino vio la vitalidad de los mitos griegos, no reducidos a meras fábulas y a mitología, Alfonso X los adaptó no como letra muerta o como simples *fablillas* contadas para entretener y deleitar, sino como indagaciones en profundidad de lo que nos constituye en seres humanos, capaces del crimen más horrendo en la persona de dos hijos inocentes para vengarse de un agravio, pero también del noble sacrificio de la propia vida en defensa de las convicciones y deberes religiosos. Y para quienes se dediquen a los *estudios de género*, el mensaje es que no se cometa en nombre de un feminismo excluyente la eliminación de los hombres, ni que se los denigre gratuitamente, sino que el *género* estudiado sea el género humano como tal. A no excluir lo aprendió Jasón quien no pudo escapar de la venganza de una mujer por más bárbara y extranjera que haya sido Medea, y lo mismo le pasó a Creonte, desafiado por una mujer sin agencia en la Tebas de entonces y quien, por añadidura, era su sobrina y prometida de su hijo.